

COVID-19, compromiso con la memoria, futuro, nuevos paradigmas

Alicia Ponte-Sucre

Facultad de Medicina, Universidad Central de Venezuela
Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales
aiponte@gmail.com

No habrá regreso a la normalidad en un futuro previsible. Para llegar a este lugar se necesita... “una comunidad empoderada y comprometida que toma medidas para proteger a toda la comunidad”...

OMS⁽¹¹⁾

Hace unos dos meses escribía: *“todo acto en nuestra vida está signado por la incertidumbre. Y normalmente, querer controlarla hace que ese parámetro incierto se transforme en negativo. Por ello, hay que lograr vivir con ella, la incertidumbre. Apreciarla como un don, vivir de la mano con su lógica, sin oponernos a ella: cada vida es una historia de supervivencia, de experiencias extremas resueltas con gran sabiduría, a cada instante; a pesar de la incertidumbre, sobrevivimos, y triunfamos”*. ⁽¹⁾

Hoy recuerdo este texto porque al sentarme a escribir esta nota, emociones encontradas y confusión eran las sensaciones que prevalecían en mí, y no sabía cómo traducir en palabras lo que quiero expresar.

Inicialmente, quería dedicar este artículo a los terribles trances que los pacientes, familiares y sobrevivientes de la COVID-19 viven, debido al pánico generalizado que se ha posesionado del planeta en relación a esta enfermedad y a las dramáticas situaciones que estas personas sufren en nuestra fracturada Venezuela. Quería ahondar en cómo el estigma asociado con la pandemia de la COVID-19 es una realidad para pacientes, familiares y sobrevivientes de la enfermedad. Por ejemplo, ha habido experiencias en las cuales la calle donde un paciente vive fue renombrada “la vía del corona” para advertir a los transeúntes de no pasar por allí, debido al potencial riesgo de ser infectados. ⁽²⁾ O, en estos días vi una infografía en la cual se leía “trata a todos como si estuvieran infectados”. A pesar de que parece ser necesario, esta aseveración constituye una paradoja dependiendo de en qué tonalidad lo leas y cómo actúes; especialmente cuando la solidaridad es un clamor urgente.

Pero a medida que pasan los días, he escuchado y leído historias que me han dejado perpleja y que me han hecho reflexionar que no sólo pacientes, familiares y sobrevivientes de la enfermedad son presa de situaciones de relación interpersonal extremadamente complejas, sino que por el contrario muchos (si no todos) somos víctimas de escenarios extremos que con frecuencia no dejan espacio al sentido común, al raciocinio y a la empatía. Ya

anteriormente había narrado la situación de reto diario que vive el personal de salud y la entrega y dedicación que significa la labor que llevan a cabo. ⁽³⁾

Desde que este virus se ha coronado como emperador del mundo, forcejeamos constantemente para demostrarle que no somos tan frágiles como él pretende que seamos. Desde el comienzo de la pandemia ha habido formidables discusiones sobre los riesgos de clausurar o no la economía, cuándo reabrir la misma, cómo afrontar este reto y las consecuencias de ello, etc. Sin embargo, los días transcurren y los meses pasan y la realidad se nos presenta descarnada; aunque queramos tapar el sol con un dedo, las amenazas del SARS-CoV-2 son contundentes y llegaron para quedarse por largo tiempo.

A pesar de esta realidad con la que nos enfrentamos a diario, se respira en el ambiente la necesidad urgente de retomar nuestra cotidianidad. Queremos creer que podemos regresar a la normalidad -como la conocíamos. Nos estamos engañando. Soslayamos el peligro de los riesgos que representan abrazos y besos como amenaza real y armas peligrosas, y nos transformamos en seres egoístas que queremos a toda costa retornar a nuestra comodidad, escudándonos en aseveraciones como la COVID-19... “sólo se lleva a los viejos” o, “eso está ocurriendo muy lejos de aquí” o, “aquí no pasa nada, yo no conozco a nadie que esté infectado”. La mascarilla entonces no es más que un refugio para nuestra vulnerabilidad y nuestra arrogancia de pensar que “a mí no me va a tocar”, como elemento que me excluye de responsabilidad en lo que está ocurriendo, y excluye además la potencial colaboración que, como individuo, miembro de una sociedad, pudiera aportar.

Todos estamos aprendiendo muchas cosas, incluyendo cómo se transmite este novel virus. Este aprendizaje debe ir de la mano de elementos comprobados por la ciencia. Aferrarse al saber coloquial y empírico de la situación, en conjunto con una comprensión inapropiada de la cadena de eventos que resultan en la transmisión de la enfermedad, puede aunar situaciones en las cuales es más fácil creer en lo que queremos creer y culpar al enfermo -y sus familiares- de estar enfermo, por “no haberse cuidado suficiente”, o aislarlos u hospitalizarlos en condiciones extremadamente precarias en medio de la crisis humanitaria compleja que se vive en el país. Situaciones muy tensas -e incomprensibles- también se presentan entre quienes se cuidan y quienes no se lo toman tan a pecho. Resguardarnos no es un acto de cobardía, es una forma de cuidarnos todos y colaborar a que los sistemas de salud no colapsen y los enfermos puedan recibir la atención adecuada.

Esto que vivimos es una crisis -global- de vida, que va más allá de lo biológico y médico, con un contexto social ineludible y una avalancha de inequidades que nos agobian y que se ha hecho aún más compleja debido a la aparición del Sars-CoV-2. En un artículo anterior mencionaba: *“esta crisis nos da una oportunidad de oro en el marco de los denominados Objetivos de Sustentabilidad (OdS) ⁽⁴⁾ de replantearnos cómo queremos seguir como humanidad”*. ⁽¹⁾ Reitero “si queremos tomar en serio los OdS, la salud no puede ser reducida a un concepto biomédico. Los OdS nos conminan a que acreditemos determinantes sociales de salud y a que comprendamos la salud en el sentido más amplio del término”. ⁽⁵⁾ Ciertamente, en las actuales circunstancias, casi ningún país del mundo, y menos nuestra golpeada Venezuela, podrá cumplir con los OdS, o con la agenda 2030.

Muchos aspectos de nuestra vida, que alguna vez estuvieron garantizados, están profundamente alterados por la cuarentena y las medidas de distanciamiento físico imprescindibles frente al riesgo que significa la pandemia para la vida de cada quien. La interacción persona a persona, abrazar a un amigo, hablar cara a cara, socializar libremente y hasta viajar, son lujos que ahora no podemos darnos. Toda esta situación constituye un sismo tremendo que nos ha sacudido. ⁽⁶⁾ Antes de la pandemia nuestro entorno tenía un sentido, estábamos conectados física y emocionalmente a otros, nuestras horas transcurrían en algún lugar en el cual estábamos presentes y considerábamos como real. Incluso estar enfermo era otra cosa. A pesar de que la incertidumbre era un elemento crucial que formaba parte de ese mundo. Pero ese entorno ahora está conmocionado, hay una sensación global que nos arropa a todos.

Queremos regresar a como dé lugar a nuestras actividades, modeladas por las interacciones con otras personas tal y cómo las conocíamos. Estamos deseosos de sentir el mensaje que nos envía el entorno. Si nos sentimos bien o mal con lo que nos rodea, o cómodos o incómodos en una situación. Disfrutar las narrativas a través de las cuales interpretamos nuestras vidas, observar cómo manejamos nuestras emociones, percibir si anticipamos el futuro con esperanza o con fatalismo.

¡Pero la realidad es otra! Piensa en un ejemplo sencillo: usualmente alguien te sonrío mientras pasa a tu lado por la calle; hoy te ve furtivamente o con rabia y se apura por cruzar al otro lado. Es la diferencia entre ser considerado una persona -simplemente-, o una fuente potencial de infección. No obstante, esta última aseveración debe convertirse en una verdad ineludible en los ambientes sanitarios. La cuarentena ha cambiado radicalmente la forma como

nos relacionamos. En algunos casos ha sido de forma positiva y las personas están más cercanas, las amistades se han reanudado y el tiempo pasado ha sido redescubierto, y un fuerte sentimiento de solidaridad y de gratitud hacia el personal de salud ha sido una respuesta generalizada. ⁽⁶⁾ Pero hay una sensación global de ansiedad y en muchos casos priva un extremo egoísmo.

Mucho del sentido de nuestra vida venía del compartir. Pero debemos convencernos de que el contexto en el cual estas interacciones interpersonales se desarrollaban cambió radicalmente. Nuestro mundo preconcebido, con normas establecidas, las normas de interacción que fueron alguna vez “seguras” desaparecieron. En su lugar ha quedado la certeza de no saber que hacer y cómo interactuar con otras personas en este nuevo contexto. El libro de las reglas de interacción es nuevo, pero además está incompleto y nuestras expectativas están constantemente sometidas al reto del distanciamiento físico, especialmente, mas no exclusivamente, en los espacios públicos. Fingir actuar de la forma como lo hacíamos, bajo el contexto actual puede traducirse en incomodidad, ansiedad y vulnerabilidad, y especialmente en riesgo.

Debemos asumir como adultos que estamos inmersos en una incertidumbre global. Que la pérdida de la confianza y la credibilidad relativa a nuestras cosas y vidas, a sitios y lugares, a experiencias de vida, a nuestro compromiso con el mundo, es el denominador común. Que escudarnos en comportamientos poco empáticos no resuelve los retos a los que nos enfrentamos. Y la verdad es que los espacios de la pandemia se caracterizan por sospecha, inseguridad y dudas: no podemos confiar en el aire que respiramos, en las superficies que tocamos, en los extraños e incluso conocidos (incluyendo familiares) que se nos acercan; todos pueden ser fuente de daño potencial. No podemos negamos a creer que esto es cierto y forzar la barra más allá de lo que debemos, puede ocurrir que terribles consecuencias sean el resultado final.

Por supuesto que es espantoso vivir bajo una espada de Damocles que signifique una obsesión exacerbada por observarnos y cuestionarnos: me duele la garganta, tendré fiebre, qué es esa tos, etc. O, ¿me habré lavado las manos adecuadamente?, ¿limpié la superficie bien?, ¿estará contaminada mi ropa?; una sucesión de dudas que hay que dismantelar cada día. Es terrible que la confianza habitual esté sepultada y que en su lugar haya quedado la urgencia de moldear un mundo de desconfianza, obsesión y ansiedad. Ya no existe el sentido

de pertenencia, que una vez teníamos, hay destrucción de hábitos, temor al futuro, a veces incluso los días y las semanas -el tiempo-, parecen estar indiferenciados. ⁽⁶⁾

Esta dramática alteración de nuestras vidas debemos guiarla para que se transforme en una gran oportunidad de analizar los aspectos de la experiencia humana que son invariables, especialmente porque los virus no discriminan y todos estamos en riesgo, y los contextos situacionales condicionan las profundas experiencias de pandemia vividas en algunos escenarios. ⁽⁶⁾

Es ineludible y debemos concientizarlo que salir de la crisis de la COVID-19 significa encontrar un modelo de vida que contemple salud para todos y no un exceso de causas de muerte para algunos, usualmente los más vulnerables. Comprendamos que la biografía de aquellos que han vivido y fallecido con la COVID-19 debe importarnos a todos. Minimizar las disparidades de salud y las inequidades sociales es lo justo, pero además conveniente a la luz del hecho incontestable de que el siglo XXI es el siglo de las pandemias. Debemos dirigir nuestra atención a una situación más global que aquella a la que se refiere estrictamente esta pandemia. ⁽⁷⁾ La nuestra en particular requiere atención inmediata y todos somos protagonistas de lo que al final resulte.

En especial la educación en salud pública es un elemento primordial a apuntalar. Cada uno de nosotros debe ser copartícipe y responsable en esta labor. Como ciudadanos globales tenemos la responsabilidad de ayudar a empoderar a otras personas con herramientas que les permitan recuperar parte de esa normalidad perdida. Comunicar claramente la epidemiología y los riesgos de la COVID-19, a fin de juntos implementar medidas de prevención basadas en principios de salud adecuados. Lograr que la incertidumbre, ilustrada por la severidad clínica de la enfermedad, la forma y extensión de la transmisión y la infección y lo cerca o lejos que estamos de opciones de tratamiento adecuadas, sean comprendidas acertadamente por la población general. Necesitamos urgentemente minimizar la disrupción social, el estigma, y el impacto económico de la pandemia. Eso no sólo se logra a través de aproximaciones internacionales, de colaboración y multisectoriales. ⁽⁵⁾ Cada quien debe ser protagonista de ello.

El fortalecimiento de las capacidades de salud pública de los países es responsabilidad ineludible de las autoridades y requiere concretar acciones dada nuestra vulnerabilidad a los patógenos ⁽⁸⁾ y nuestra fragilidad particular como país.

Cada uno de nosotros tiene el compromiso de consolidar la memoria compartida de preservar lo vivido para el futuro cercano y lejano. Asegurar la memoria de la COVID-19 es lo mínimo que le debemos a los fallecidos, al personal de salud, a nuestros vecinos, y en general a cada habitante de esta aldea global, pero en especial a los niños, como mencioné en un artículo anterior: *“Atrevernos a retar la incertidumbre que nos embarga de forma diferente; como humanos y como adultos cuya responsabilidad es consolidar un mundo apropiado para los niños, 30 % de la población mundial, quienes al crecer ejercerán a su vez esa profesión universal.”* (1, 10)

Agradecimiento: a Ana Carvajal y Maritza Padrón-Nieves por la lectura crítica de este artículo y sus acertados comentarios.

Bibliografía Consultada

1. Ponte Sucre A. 2020. COVID-19, perplejidad, incertidumbre, acción... Objetivos de Sustentabilidad. Comunicación Personal.
2. Bagcchi S. 2020. Stigma during the COVID-19 pandemic. The Lancet. 20: 782. doi: [10.1016/S1473-3099\(20\)30498-9](https://doi.org/10.1016/S1473-3099(20)30498-9)
3. Ponte Sucre A. 2020. Covid-19, oportunidad para el compromiso, la solidaridad y la esperanza. <https://saber.ucv.ve/handle/10872/20682>
4. Sachs JD. 2012. From the millennium development goals to sustainable development goals. The Lancet, 379: 2206. [https://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736\(12\)60685-0/fulltext#article_upsell](https://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736(12)60685-0/fulltext#article_upsell)
5. Sandset T. et al. 2020. What we need is a sustainable politics of life. www.thelancet.com, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)31378-7](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)31378-7)
6. Carel H et al. 2020 Reflecting on experiences of social distancing www.thelancet.com, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)31485-9](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)31485-9)
7. Horton R. 2020. Offline: A global health crisis? No, something far worse. The Lancet. 395 (10234): 1410. doi: [10.1016/S0140-6736\(20\)31017-5](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)31017-5)
8. Taylor AL. et al. 2020. Solidarity in the wake of COVID-19: reimagining the International Health Regulations. www.thelancet.com, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)31417-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)31417-3)
9. Horton J. 2020. Offline: COVID-19 and the ethics of memory. The Lancet. 395: 1750. [https://www.thelancet.com/pdfs/journals/lancet/PIIS0140-6736\(20\)31279-4.pdf](https://www.thelancet.com/pdfs/journals/lancet/PIIS0140-6736(20)31279-4.pdf)
10. Clark H, et al. 2020. A future for the world's children? A WHO–UNICEF–Lancet Commission February 22. The Lancet. 395: 605-658. <https://www.thelancet.com/commissions/future-child>
11. OMS. 2020 No habrá retorno a la normalidad en el futuro previsible. <https://cnnespanol.cnn.com/2020/07/13/no-habr%C3%A1-retorno-a-la-normalidad-en-el-futuro-previsible-dice-el-director-general-de-la-oms>

Publicado en <https://prodavinci.com/covid-19-compromiso-con-la-memoria-el-futuro-y -los-nuevos-paradigmas/>

